

*A Aurora Díaz-Plaja, amiga.
Con todo mi afecto y reconocimiento.*





NOTA DEL AUTOR

La conocí hace poco más de un año. Me dijo que se llamaba Clara, y me explicó que habían pensado ponerle de nombre Aurora, como su abuela, pero nació al mediodía, un poco tarde para llamarse como el amanecer; además, era tan blancucha, casi transparente, que se lo pensaron mejor y le pusieron Clara.

Yo había ido a un colegio a contar cuentos y a hablar de los personajes de uno de mis libros. Ese día estaba especialmente inspirado y todos lo pasamos muy bien. Cuando acabé y ya me marchaba, se me acercó una niña de unos diez años, con una abierta sonrisa, pecas y ojos verdes. Me preguntó si podía hacerle un favor.

—Por supuesto; si está en mi mano...
¿Cómo te llamas?

—Clara. Entonces me explicó lo del nombre y también que tenía unos cuentos muy bonitos que le había contado un jardinero amigo suyo y que si yo podría publicarlos.

Intenté explicarle que yo no era un editor ni representaba a ninguna editorial. Ella me interrumpió y me dijo que no era tonta, y que sabía perfectamente qué era yo: un escritor. Lo que ella me proponía era que los publicara como si fuesen míos, con mi nombre, porque a ella seguro que no se los publicarían y a mí, que ya tenía libros publicados, me sería mucho más fácil.

Estaba descolocado. Nunca me habían propuesto nada semejante. No sabía qué decirle. Al final, para salir del paso, le dije que me los dejara y que lo pensaría.

Por razones extrañas que no vienen al caso, aquellos cuentos se quedaron en el cajón de los temas pendientes hasta el

mes pasado, en que, mientras revisaba papeles, los encontré.

Me sentí fatal, se me ocurrió lo que pensaría de mí aquella niña y no me agradó nada. Además, los cuentos me habían gustado mucho. Se los enseñé a un amigo editor y me insinuó que con unos retoques quedarían estupendos para esta colección. Intenté entonces buscar a aquella niña para ver si todavía quería publicarlos y si me permitía realizar algún cambio, pero en el colegio donde la había conocido me dijeron que allí no había matriculada ninguna niña llamada Clara, ni ese curso ni el anterior. Les pregunté si me podían enseñar las fotos de sus alumnas por si me había engañado en el nombre, pero tampoco la encontré en el fichero.

Qué extraño. ¿Sería imaginación mía? Pero si la recuerdo perfectamente. Además, aquí están sus cuentos; ¿o no son suyos? ¡Qué lío! ¡Ya no sé si estoy despierto o soñando! De todas formas aquí están, sean de quien sean.

INTRODUCCIÓN

Mi abuela es bibliotecaria y se llama Aurora. Podría llamarse Celinda, Beatriz o Reinalda, pero se llama Aurora. Me han contado que mi bisabuelo decía que la llamaron así porque nació con la luz del día y ése era un nombre que le sentaba bien. Creo que sabe tantas historias como cabellos blancos tiene en la cabeza. ¡Qué suerte!, pensaréis. Pero estáis muy equivocados si creéis que todos los días me cuenta cuentos, ¡qué más quisiera yo! Mi abuela vive muy lejos y sólo puedo ir a verla una vez cada mes y medio. Además, siempre que voy está ocupadísima preparando conferencias sobre dragones,

hadas y brujas o contestando montones de cartas que le envían. Pero siempre encuentra un ratito para hablar conmigo y dejarme un buen puñado de los mejores libros ilustrados de su biblioteca.

Lo que más me gusta de su casa es que tiene un jardín muy bonito, lleno de plantas y de gatos. Ella dice que los gatos no son de nadie y que saben buscarse la vida solos, pero, por si acaso, todos los días les cocina platos y platos de comida a los que viven allí y a los que van de camino. Así están ellos de lustrosos. El jardín me encanta porque me puedo revolver por





la hierba con papá, buscar bichitos con mamá o hablar con Pompeyo, el jardinero.

Mi abuela, que es un poco bromista; dice que el jardinero tiene nombre de músico. ¡Pom-Pom-Pom-Pom-Peeee-Yooooo!, grita mi abuela moviendo las manos como si tocara el trombón. Eso, claro, cuando él no puede oírla, porque, cada vez que hablan, discuten sobre si ha



16

podado poco o mucho los árboles, si ha abonado la tierra tarde o temprano, o si eso que ella llama los floripondios en realidad es un hibiscus. La abuela dice que siempre viene cuando estamos nosotros, como si nos oliese; ella piensa que es porque le gusta hablar conmigo. Cuando dice eso me hincho como un globo y me quedo quieta, porque creo que, si intentara salir de la habitación, me quedaría encajada en el marco de la puerta y habría que llamar a los bomberos para que me desencajasen. La verdad es que el que una persona mayor y sabia como él venga a verme y a hablar conmigo me hace muy feliz.



Pompeyo adivina el tiempo con sólo mirar al cielo, conoce el nombre de los vientos y sabe un montón de refranes, trabalenguas y cuentos, casi todos relacionados con la tierra, las estaciones, los animales o las plantas. Cada vez que vamos me cuenta uno, y sólo uno, porque dice que así los saboreo mejor y no se me mezclan en la cabeza. Son cuentos cortitos y suaves como una brisa de verano o un beso de luna. Son un tesoro, mi tesoro. Mi padre dice que los tesoros son más valiosos si uno es capaz de compartirlos; por eso me gustaría compartirlo contigo. Ahí van ocho cuentos del tesoro de este año, repartidos en cuatro estaciones.